

¡Ahora me Matan!

Elvis Conti

¡Ahora me matan!



ELVIS CONTI

Capítulo 1

Enfrente del paredón está Anastasio Domínguez. Su calzón de manta y su sombrero ancho de paja son inconfundibles. Alcanzo a distinguir también su flacura y su espalda arqueada, a pesar de que he perdido los anteojos en la escaramuza donde nos atraparon, en el "Bastión", adelantito de la sierra Mojada. Los anteojos, que era lo que me distinguía del resto, y lo único que insinuaba mi oficio de maestro. Porque, por lo demás, todos somos prietos, con bigotes caídos, mugrosos, sin una bañada decente en semanas.

Sin estar muy seguro, creo que Tacho llora. No lo culpo, además de ser muy joven, tiene dos hijos chiquitos que todavía no hablan, según me dijo el otro día.

Dejo de verlo. Echo la mirada a otro lado, justo cuando llega un piquete de federales. Luego luego, se notan los caballos federales, gordos y bien comidos, con forraje seguro. Nuestros animales solo comían la poca hierba seca que encontraban en medio de este desierto

No son muchos, unos treinta. Todos son jóvenes y portan uniformes nuevos, se ve que no les ha tocado refriega aún. Muchos curiosos nos rodean a todos los que estamos en picota. Niños, mujeres, ancianos, de todo. Se nota en sus caras el horror de ver tan de cerquita la muerte de alguien. Fijo mi mirada en un niño pecoso, este se tapa los oídos y cierra los ojos, al mismo tiempo que retrueenan los fusiles del paredón.

Regreso la vista y veo como sacan al Tacho con las patas por delante. Ya solo quedan dos antes de mí: Fulgencio Medina y Juan Mayorga, mejor conocidos en la *bola* como la Pitaya y el Indio. Muy valientes y jinetes sin igual. Me da tristeza pensar que ellos se hubieran podido salvar si no hubieran regresado a ayudar a los que seguíamos retrasados. Cuando nos dimos cuenta, quedamos encerrados en la cañadita del "Bastión", famosa por su leyenda, de que en las noches de poca luna se aparece la Llorona por el arroyito que la cruza. Domingo Sánchez se santiguó cuando supo que por ahí pasaríamos - *Es de mal agüero*- Dijo quedo. Quizá lo debería haber tomado como un aviso. Yo solo me reí cuando vi la cara de susto de Mingo. Pero ¡Cómo son las cosas! Mingo fue el primero que fusilaron, a eso de las 8 de la mañana. Si se hubieran esperado un poquito más, Mingo hasta hubiera alcanzado el rancho: unos pocos frijoles con tortillas y café. Pues como dijo la Pitaya, hay mucha diferencia de morir con la panza llena que sin un taco en la buchaca.

Ahora veo como recargan al Pitaya contra la pared. No deja que le tapen los ojos. Esta tieso como palo, y con la cara levantada. - *¡Buen viaje Pitaya, ay te alcanzo!* - Le grita el Indio, que es el que sigue en la fila de los que fuimos sentenciados sumarísimamente al paredón. Pitaya grita -

¡Viva la revolución cabrones! - Cuando truenan otra vez los rifles federales. Pitaya queda recargado en la pared, como negándose a caer. - *¡No te caigas Pitayita!* - Le grita alguien de la fila que no reconoció. Sin embargo, Pitaya se empieza a resbalar hasta quedar hincado, ahora nos parece que reza antes de entregarse al eterno. Un federal del piquete de fusilamiento lo empuja violentamente al piso con el pie. - *¡Respeto al difunto, hijo de la chingada!* - Vuelve a gritar la misma voz. El soldado volteo y reconoce al gritón. Ahí está Melitón Garza, un serrano de Chihuahua, que es jalado por el soldado para ponerlo delante del Indio en el orden del fusilamiento. Melitón se ríe, y lo hace muy fuerte como burlándose de su suerte, o lo que es lo mismo, burlándose de la muerte. Ya contra la pared, continua su bravata, se abre la camisa y deja su pecho desnudo - *¡Pa' que no le vayan a errar cabrones!* - ... Y no le erraron ni tantito, todos los disparos pegaron en su pecho. El pecho de un valiente. El soldado que se dio por ofendido, toma por el pie su cuerpo y arrastra indignamente al muertito. Cuando vimos eso, a todos se nos encoge el corazón.

Cuando veo que toman al Indio, caigo en cuenta que yo le sigo. Y decido dedicar esos pocos minutos que me quedan, a recordar mi casita de adobe allá en mi Jerez del alma. Y me parece ver todavía su puertecita roja, y ahí, a mi Lupe, mi mamá y mis niños, Juanita y Paquito. Atrás, una parcela de tierra que sembramos entre todos. También vienen a mi memoria mis trece alumnos de la escuelita donde enseñé: Julián el rico. Rosita la bonita. Edelmiro hijo del boticario del pueblo. María la huérfana de Don Nicasio, ex jefe político de Jerez. Lalita, la campeona de oratoria. Toñito el más brillante. Domitilo el más tonto, pero el de mejor corazón. Refugio el hijo del cura, según las malas lenguas. Simeón otro niño rico. Conchita la reina de la aritmética. Aníbal el niño que vino de la capital. Felipe el noble, el defensor de los débiles y, finalmente, Quique el gordito y el poeta del salón.

Cierro mis ojos con fuerza, pensando que los estoy abrazando a todos muy fuerte. No me arrepiento de verme metido en la bola. Doy mi vida gustoso por mis hijos y los hijos de ellos. Doy mi vida para que este país sea un país de justicia. Que deje de ser un país de pobres, que se paguen jornales justos al campesino, al obrero, al maestro... En esas estaba cuando me sujetan del brazo y me jalonean. Es el mismo soldado que arrastró al pobre Melitón. Yo no protesto. Me dejo llevar sin oponerme. La suerte está echada. Mi vida fue buena y estoy agradecido, sólo pido a Dios por los míos y mis alumnos.

Me dejan en la pared. Y cuando miro que se aleja el soldado para tomar su lugar, se oye la voz de trueno del Capitán Quiroz, jefe del destacamento - *¡A ver ustedes! Mañana continúan con los fusilados. Váyanse a las volantas de la sierrita de San Javier, repórtense con el Teniente Antúnez, ¡De inmediato!...* - Y los soldados corrieron como si les

hubiera gritado Dios.

Yo, en medio de todo eso, alcanzo a gritar con todos mis pulmones – *Oiga mi Capitán, no me pueden dejar así... ¡Ahora me matan!...* – El capitán, después de oír mi insolencia, giró raudo su cuaco, me vio y así, se rio. Me dijo – *No te desesperes, mañana serás el primero-* Y se alejó riendo.

Lo único que me queda es gritar desaforado... con la garganta desgarrada: - *¡Mátenme ya...!... ¡Mátenme ya...!... ¡Mátenme ya...!*

Y ahí me quedo... viendo al suelo... y esperando el siguiente día.